

JAIME GUZMAN

## ¿Mera cuestión de palabras?

El reciente atentado contra el presidente de la Corte Suprema, Israel Bórquez, despertó unánime condena. Similar reacción produjo el intento frustrado de atacar contra el canciller René Rojas.

Sin embargo, algunos de los que han repudiado estos hechos cargan frente a ellos con una seria responsabilidad indirecta, aunque probablemente no intencionada.

Me refiero a quienes han acuñado o difundido la expresión "terrorismo de Estado". Según ellos, como contrapunto al terrorismo extremista, existiría un "terrorismo de Estado", consistente en los eventuales excesos de ciertos gobiernos en su lucha contra la subversión y la violencia.

Ciertamente, nadie puede sino condenar todo posible exceso semejante, si bien ello exige ponderar las difíciles condiciones en que la autoridad libra esa lucha en defensa de la paz social, y de la vida de millones de personas potencialmente amenazadas por la subversión totalitaria o violentista.

Pero aun la condena de aquellos excesos de la autoridad que realmente la merezcan, no requiere adjudicar a éstos un término equívoco como el de "terrorismo de Estado".

A primera vista, quizás ello parezca una mera cuestión de palabras. No obstante, sus consecuencias reales van mucho más lejos. La presunta existencia de dicho "terrorismo de Estado" opera en la práctica como factor atenuante —cuando no justificatorio— en el juicio ciudadano frente al único y verdadero terrorismo. Ese que asesina en forma sistemática y cobarde a seres inocentes, escogidos como símbolo de lo que representan, o incluso como simples instrumentos publicitarios, y que se presenta así como la "respuesta" extremista al supuesto "terrorismo de Estado". Las serias consecuencias de dicha falacia resultan obvias.

Más aún, el asunto tiene su precedente no tan lejano.

A fines de la década del sesenta, importantes sectores políticos democráticos (principalmente en Latinoamérica) inventaron la expresión "violencia insti-



tucionalizada". Con ella, designaban las injusticias sociales existentes en nuestros países.

Nuevamente, nadie puede negar lo reprochable de tales injusticias, aunque haya discrepancias entre quienes buscan superarlas a través de reformas socializantes, y quienes consideramos a la economía social de mercado como el camino más idóneo para ello.

Pero ¿qué objetivo tiene torcer el sentido de las palabras, llamando "violencia" a las imperfecciones o injusticias de una realidad económico-social? ¿Qué efecto práctico, sino el de legitimar —o atenuar la condena— hacia la verdadera violencia que secuestra y mata, al convertirla en "respuesta" a esa presunta "violencia institucionalizada"?

Con todo, la falacia de la "violencia institucionalizada" fue acogida incluso en altas instancias eclesiásticas. Muchos cristianos y aun sacerdotes sintieron entonces legitimada la violencia guerrillera. Desde Camilo Torres hasta los sacerdotes que hoy colaboran con la guerrilla en Centroamérica. Y otros, si bien no llegaron a ese extremo, se inhibieron para condenarla con la suficiente energía.

En la estrategia marxista, la guerra semántica juega un papel decisivo. Para el comunismo, ideológicamente indisoluble de la violencia y el terrorismo como armas admisibles para su expansión, y convertido hoy en el principal centro impulsor de esas lacras desde Moscú, Libia o Cuba, no puede haber mayor triunfo que diluir su responsabilidad al respecto, o debilitar su condena entre quienes postulan una sociedad humanista y cristiana. Expresiones equívocas como "violencia institucionalizada" o "terrorismo de Estado" son valiosas coartadas semánticas ideadas por el marxismo, y que otros repiten, sin advertir tal vez el favor que con ello le hacen a la verdadera violencia terrorista.

INCENDIOS FORESTALES

## Plaga de temporada

□ Brigada de Conaf y Policía Forestal se encuentran en guerra. Su enemigo común es el fuego que destruye nuestros bosques

Con una anticipación de 48 horas al inicio de los programas de prevención de incendios forestales, las llamas estallaron, inesperadamente, en la provincia de Bío Bío y consumieron más de 450 hectáreas de pino insignie. Dos siniestros afectaron plantaciones de dieciséis años, amenazando con una ardiente temporada para los bosques chilenos.

En la última década se quemaron 350 mil hectáreas de suelo vegetal, a raíz de unos veintidós mil incendios forestales. Aparte del daño económico directo existen especies en extinción, como el alerce o el pino araucaria, que tardan entre dos mil y cuatro mil años en crecer totalmente.

En la temporada 1979-1980 se produjeron dos mil 977 incendios forestales en todo el país. En la temporada 1980-1981 se produjeron casi mil ochocientos incendios (seiscientos más que el año pasado a la misma fecha). Esto hace prever que en la actual temporada serán superadas con creces las cifras anteriores.

Las causales del fuego que arrasa con los suelos vegetales de nuestro país no son de fácil detección. Muchos siniestros se originan en faenas forestales, quemas controladas o "rozas a fuego", muy necesarias en las actividades agrícolas y forestales. Pero también tienen gran responsabilidad las personas que transitan por sectores forestales botando colillas de cigarrillos encendidas y los juegos de niños.

—Una cosa es clara —explicó Hugo Knockaert, jefe del programa Manejo del Fuego, a nivel nacional, de Conaf—, todos los incendios son provocados por el hombre.

Si a lo ha dicho por Knockaert agregamos factores climáticos tales como la acción del viento y las altas temperaturas, concluiremos que basta una chispa para que cualquier combustible vegetal desate un infierno de proporciones.

Los incendios han existido siempre, pero, debido al paulatino acercamiento de la población a sectores rurales, han tendido a aumentar. Por ello, en 1957 se iniciaron los intentos por formar un cuerpo de preven-